

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VI

← BARCELONA 25 DE ABRIL DE 1887 →

NUM. 278

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



ROMEO Y JULIETA, cuadro de Julio Kronberg

SUMARIO

TEXTO.—Nuestros grabados.—El bohío del manglar, por la Baronesa de Wilson.—Historia de un hombre, contada por su esqueleto (continuación), por don Manuel Fernández y González.—Los recientes paquebotas trasatlánticos, por Félix Hémet.

GRABADOS.—Romeo y Julieta, cuadro de Julio Kronberg.—Visitando el museo, cuadro de Matías Schmid.—Triste visita, cuadro de F. Brütt.—Agilidad y destreza, cuadro de J. Brandt.—Pescadores de moluscos en el mar del Norte, cuadro de J. Bodenstein.—Un camarote del nuevo vapor-correo trasatlántico «Gasuña».—Vista del salón de conversación del nuevo vapor-correo trasatlántico «Gasuña».—Comedor del nuevo vapor-correo trasatlántico «Gasuña».

NUESTROS GRABADOS

ROMEO Y JULIETA, cuadro de Julio Kronberg

Aunque la entrevista nocturna de los célebres amantes de Verona ha sido reproducida en el lienzo diversas veces, no puede negarse que siempre es un asunto simpático y que excitará a todo artista dotado de sentimiento. Difícil es presentarlo con alguna novedad; pero a falta de ella, Kronberg ha pintado dos figuras interesantes, verdaderos tipos del amor en su período álgido. Tiene lugar la escena a la hora en que canta el gallo, como dice en su tragedia el eminente dramaturgo inglés; y los jóvenes amantes se despiden con un beso en que el alma parece escaparse por los labios. La figura de Julieta es tal cual la imaginación puede concebirla; y en cuanto a Romeo besa con toda la fuerza de la pasión, por más que su actitud nos parece un poco violenta y no muy a propósito para pasarse las horas muertas dialogando.

VISITANDO EL MUSEO, cuadro de M. Schmid

Poco acertado estuvo el reverendo padre conduciendo al inocente novicio a las galerías del Museo. Los artistas antiguos y modernos, a pretexto de que el desnudo artístico no es un desnudo licencioso, dan muy poco que hacer a las modistas, y no se necesita ser exageradamente escrupuloso para retraerse de visitar algunas exposiciones, cuyos asuntos parecen tener lugar en lo más fuerte de la estación calurosa.

El provecho religioso de nuestro cuadro debe haber olvidado lo que son Museos ó ha tenido poca ocasión de frecuentarlos: de otra suerte se manifestaría menos airado contra la exhibición de ciertas formas, mucho mejor para ocultadas, sobre todo a los ojos de los novicios. Pero ¡Señor!—dirá para sus adentros el reverendo padre,—¿cómo no se tiene en cuenta que hay novicios en el mundo!...

Por su parte, el joven acompañante lucha ostensiblemente entre el buen parecer y el deseo, y mientras un ojo se le cierra otro se le abre y de buena gana se echaría luego unas disciplinas en desagravio de su pudor ofendido, si se lo dejaran ofender a completa satisfacción.

Del todo resulta un cuadro muy notable, un modelo de expresión, un lienzo en el cual hasta los accesorios están ejecutados con la importancia que el asunto requiere y sin la cual menguaría mucho el efecto causado por el picaresco asunto de Schmid.

TRISTE VISITA, cuadro de F. Brütt

Terrible es, por cierto, que la espada de la ley tenga que herir simultáneamente al inocente y al culpable. El hombre sentenciado ha cometido las más de las veces un delito: quien tal hizo que tal pague; nada más justo. Pero ese hombre a quien la ley no puede compadecer, es esposo, es padre: y la pena que ha de cumplir inexorablemente, alcanza, tal vez con mayor rigor, a la familia del condenado. La consideración de esa inevitable injusticia hace que, al tenerse noticia de una sentencia que impone grave castigo, el pensamiento vuela, no al calabozo, sino al hogar del sentenciado; y esto explica por qué en el cuadro de Brütt atraen con preferencia la mirada y la compasión del espectador esa mujer y esa niña, a quienes el delito ajeno sumen en la orfandad y la miseria. Para comprender la razón de este afecto preferente, basta examinar el semblante, la actitud del condenado y de su esposa. Mientras ésta fija en aquél una mirada entre compasiva y acusadora, el condenado apenas levanta la vista del suelo: más que la idea de la pena, le abate el peso del remordimiento.

La composición es sobria: nada en ella aleja el pensamiento del objeto que se ha propuesto el artista; está verdaderamente sentida, y el sentimiento del autor hiere la fibra del que examina el cuadro a la luz de la compasión que inspiran los desgraciados.

AGILIDAD Y DESTREZA, cuadro de J. Brandt

El autor nos presenta una escena de la estepa asiática; y que ésta pasa en una de las comarcas centrales de aquella parte del mundo, harto se echa de ver en la naturaleza del terreno, así como en la atmósfera, no empañada por nube alguna.

A cierta distancia de la ciudad, cuyos muros se divisan en último término, varios jinetes celebran la llegada de su nuevo jefe con ejercicios militares, en los que hacen gala de su agilidad y destreza, tanto en el manejo de sus rápidos caballos cuanto en el del arco, disparando sus flechas a la carrera contra un blanco colocado en la punta de un alto palo.

En este lienzo campea un vigoroso colorido local; los tipos son verdaderamente asiáticos y el artista ha demostrado en él un gran conocimiento de los efectos de perspectiva, así como del país en que coloca el asunto de su cuadro.

PESCADORES DE MOLUSCOS EN EL MAR DEL NORTE, cuadro de J. Bodenstein

Se ha retirado la pleamar, dejando descubierta la playa de amarillenta arena. Los pobres pescadores aprovechan este momento para buscar y recoger en sus cestas los moluscos que han quedado entre ella, y hombres, mujeres y niños se dedican a esta operación, que les depara parte de su sustento, ó cebo para la pesca en mayor escala.

Conócese que el pintor ha reproducido esta sencilla escena de *visu*, pues no de otra suerte podía haberse representado con tal verdad, ni sacado de ella los efectos que son de admirar en este bonito cuadro.

EL MUNDO AMERICANO

EL BOHÍO DEL MANGLAR

I

En 1881 viajaba yo por el Estado de Panamá.

Habíamos pernoctado en una hacienda llamada de la *Estrella*, y desde allí, muy de madrugada y al galope de

buenos caballos, hicimos el trayecto hasta el puertecito de Agua dulce, encontrando a corta distancia a varios jinetes que a nuestro encuentro salían, entre ellos al prefecto don Juan José Díaz.

Espléndido y animado almuerzo restauró nuestras fuerzas, y satisfechos y contentos, salimos para Natá.

La luna clara y bellísima iluminaba el Río Chico, cuando pasamos a la opuesta margen y recordamos que sus cristalinas aguas habían sido teatro de luchas civiles y que un desgraciado presidente del Estado, don Santiago de la Guardia, encontró la muerte en sus orillas.

Una bala disparada por certera mano, dió el triunfo a sus contrarios, mandados por el coronel Neira, quien después, ya general, ocupó la presidencia.

Esto pasaba en 1862, y una medio arruinada iglesia, la Soledad, conserva en Natá señales de aquella campaña.

La población es pequeña y apenas puede creerse que en los siglos pasados fuera capital de importancia.

Hoy sólo conserva de su antiguo esplendor una hermosa iglesia, la ya mencionada de la Soledad, y un convento en ruinas.

Visitaba yo el Estado de Panamá con el presidente general Cervera, con su joven esposa y otras personas que nos acompañaban en ese inolvidable paseo.

El calor que habíamos sentido durante la noche nos hacía desear el baño, y Anais de Cervera y yo indagamos cuál sería el sitio más a propósito para cumplir nuestro deseo.

—El Bohío del manglar, —nos contestó una muchacha que en la puerta de la casa estaba.

Ella misma nos condujo, atravesando algunas huertas, hasta las orillas del río en donde estaba situada la mencionada cabaña.

La india que allí habitaba era joven y agraciada, y vestía con mayor esmero que las que habíamos encontrado por aquellos campos.

Inmediatamente y con esa sencillez y cordialidad americana, nos proporcionó una grande y blanca *totuma*, especie de calabaza útil y muy usada en América, sobre todo en el baño, pues con ella se recoge agua para bañarse la cabeza, añadiendo a este indispensable accesorio su interés para escoger sitio a propósito en el río, en donde tuviéramos agradable sombra.

Un frondoso mango nos formaba como un dosel, y el agua mansa y cristalina se extendía y serpenteaba sobre un lecho de finísima arena.

En ambas orillas levantaban los mangos sus elevadas copas hasta el cielo.

Preciso es confesar que en las campañas de América vive el pobre sin los afanes y privaciones que en la culta Europa.

Un *bohío* más ó menos extenso le presta albergue: un terreno cultivado con escaso trabajo, gracias a la feracidad de la tierra y a lo benigno del clima, le procura sabroso alimento de frutas y variadas legumbres: vacas y gallinas acompañan a la familia y completan su diario sustento.

En Europa, sufre el pobre los rigores del frío: el invierno es el azote del hambriento, del que vestido de harapos carece de fuego para calentar los entumecidos miembros, de ropa con que abrigarse, de luz tal vez, y de alimento que vigorice su decaído espíritu.

En el Sur América, jamás el hielo y el rigor del clima seca las hojas de los árboles: no se ven ateridas plantas, que inspiran tristeza y desaliento: eterna primavera cubre los campos con sus dones, y el pobre posee las riquezas de la naturaleza y el calor de un sol siempre esplendoroso.

Cuando el cielo sonrío, todo se presenta más bello ante nuestros ojos.

El baño duró una hora, y cuando subimos hasta el bohío, encontramos a la puerta y sobre una mesa, frutas y miel para nuestro regalo.

A la sombra, y acariciadas por ligera brisa, nos sentamos a descansar.

Un hombre, joven y de simpática presencia, se ocupaba en preparar un carro, que según nos dijo debía conducirle a la cercana Penonomé.

Sus maneras demostraban que había recibido educación, y su tipo no pertenecía a la raza indígena.

Concluidos sus preparativos abrazó a su mujer, nos saludó cortésmente y partió seguido por la mirada de la india, llena de inmensa ternura.

—Se ve que son ustedes muy felices, —dijo Anais:— se quieren y esto basta.

—Mucho... sí señora: es tan bueno, y además todo lo ha dejado por mí; la ciudad, sus parientes y otras comodidades que ahora no tiene.

—¿No es de aquí?—la pregunté.

—No señora: es de Santiago de los Caballeros...

Comprendí que aquel matrimonio encerraba algo interesante: adiviné una historia de amor y quise conocerla.

Bastante trabajo costó vencer la timidez de la india, pero al fin accedió a contarnos aquel episodio de su vida.

II

—Mi marido, —nos dijo, —es hijo de un rico hacendado de Santiago de los Caballeros.

Viuda su madre cuando él era pequeño, y siendo el mayor de tres hermanos, lo dedicaron a las faenas del campo: era trabajador y sólo el domingo dejaba la ruana y el calzón de paño para vestirse como los jóvenes desocupados y ricos, y había muchas señoritas que pensaban en agrandar a la viuda para que el hijo las quisiera, si señora; pero él no había puesto cariño en nadie.

Un día me envió mi padre con una cesta de mangos y dos hermosos racimos de plátanos; porque había sido de la casa, es decir que trabajaba en unas salinas pertenecientes al señor Lucas y de vez en cuando mandaba sus recuerdos a la viuda. Monté en mi caballo, y cuando llegué ví mucha gente en el zaguán, y en él un altar y un crucifijo: las mujeres arrodilladas y el señor cura adentro en la sala al lado de la cama que estaba frente al altar, y tenía sábanas muy limpias y colcha blanca.

Reclinado sobre almohadas y muy pálido y muy cambiado estaba Elías, que según me dijeron tenía un *dolor alto* que no le dejaba respirar.

Me arrodillé también y recé, pidiendo a Dios la salud para aquel joven a quien todos querían.

En aquel instante llegó el médico, quien había pasado toda la noche al lado del enfermo y volvía cuidadoso por las últimas medicinas.

—¿Qué sucede?—preguntó entrando.

—Sigue mal, pero no peor, —contestó el señor cura.

—¿Le pusieron los sinapismos?

—Sí señor, —contestó sollozando la señora Paula.

Elías abrió lo ojos y los fijó en el doctor.

—¡Bravo! ya pasó el peligro y pronto estarás de pie.

—Dios lo quiera, doctor, —contestó con voz débil.

—Esas luces le lastiman los ojos; puede cerrarse la puerta,—dijo el médico.

Entonces quedamos en el zaguán sólo las mujeres, y me contaron que desde las doce de la noche se había empeorado y que el altar se había puesto para el Viático: felizmente el peligro no arreciaba y el doctor creía esta- ba salvado.

Triste y accongojada volví al *bohío*; y apenas se enteró mi padre de lo ocurrido, montó en el caballo y salió para Santiago.

Durante tres días no tuve ninguna noticia, y al cabo de ellos ví llegar a mi padre alegre y tranquilo.

—Elías está ya levantado y dentro de pocos días le tendremos aquí.

—¿Aquí?

—Sí: el doctor dice que debe cambiar de aire y descansar: vendrá a visitar las salinas y a pasear a caballo para tomar fuerzas.

Sin saber porqué me quedé pensativa; me parecía que mi vida iba a cambiar y esperé con impaciencia. Los días fueron muy largos hasta que llegó Elías.

Era muy pobre nuestro bohío para él, porque entonces no estaba como hoy,—repuso,—ahora es más grande: mi padre y yo no teníamos más que dos cuartos y nuestras hamacas para dormir.

El señor cura le llevó a su casa, pero todo el día estaba aquí.

Salía con mi padre y a veces conmigo; bajábamos a la orilla del río, corríamos por las huertas y pasábamos las horas del sol en el manglar.

¡Qué días tan dichosos! las noches también salíamos por el campo y Elías sorprendía en la hierba a los *cucuyos* y riéndose me los ponía en la cabeza.

Un mes bastó para que recobrara las fuerzas y el buen color de otras veces.

Una noche nos encontrábamos solos en el sitio en donde ustedes se han bañado: mi padre había ido ese día a llevar cartas de su hijo a la señora Paula.

—Ya estoy bien,—me dijo,—pronto tendré que marchar, porque hago falta en mi casa.

Se me oprimió el corazón; creía que jamás me separaría de él: le amaba sin darme cuenta de ello.

—¿Te acordarás de mí?—me preguntó.

—A todas horas, —respondí, sintiendo que mi rostro ardía.

Los ojos azules de Elías estaban fijos en mí.

—¿Por qué no vienes a casa de mi madre? habría ocupación para tí.

—Mi padre no quiere quedarse solo; dice que vale más la pobreza que dejarme ir lejos.

Elías estaba triste; yo lo conocí y ambos guardamos silencio como si temiéramos decir lo que pensábamos.

III

En la segunda mañana partió.

Aquel día el sol no tenía brillo: el aire era pesado: todo vestía, como mi alma, color sombrío.

Las horas corrían largas y tristes, y a veces yo misma me sorprendía de mi silencio y abatimiento.

Pasó la semana y llegó el domingo. Elías había ofrecido venir y el corazón me latía como si fuese a saltar del pecho.

Lo ví llegar a las diez y me dijo alegremente:

—Vengo a pasar el día contigo.

Mi padre se alegró mucho, y yo, tal era mi júbilo, que no pude pronunciar palabra.

Y continuó visitándonos los domingos hasta un día en que me dijo:

—Paulina, mi madre quiere casarme; ¿qué te parece? Mi corazón sufrió un choque tan fuerte, que las lágrimas acudieron a mis ojos.

—¿Lloras?—me preguntó,—¿por qué?

—No lo sé, —contesté sollozando,— pienso que no nos volveremos a ver.

—Si tú quisieras nos veríamos todos los días.

Le miré sorprendida.

—Si; ¿no me entiendes? cuando pasa el domingo y vuelvo a mi casa, todo me parece triste y sin luz, y es que tú sola alegras mi vida; es que te quiero y has de ser mi mu-

jer: estoy tan acostumbrado á tí que no puedo querer á otra: vamos, ¿qué dices?

- Jamás su madre de usted consentirá, ni tal vez mi padre, por no enfadarla.

- Pero tú, ¿me amas?
Comprendí que la tristeza por la ausencia y la alegría al verle era amor y no me pude contener.

- Sí, - le dije, - sí; yo sería muy dichosa con usted. Me abrazó y esa misma noche habló á mi padre.

Pero en vez de alegrarse, se entristeció, manifestando verdadero enojo.

- Su madre de usted no querrá nunca ni yo tampoco, porque es una locura; Paulina es pobre para usted; no vuelva usted más y se olvidarán.

- ¡Nunca! - exclamó Elías.

- Jamás; - dijo yo.

- Pero ¿y si mi madre consiente?...

- Entonces veremos, - contestó mi padre.

La señora Paula no consintió, y yo, vigilada por mi padre, fui enviada á Penonomé, y estuvimos tres meses sin vernos.

Pero Elías cayó gravemente enfermo y entonces sí fué preciso el Viático, porque se moría.

La fiebre era terrible y el doctor le dijo á doña Paula que el alma estaba enferma, que tenía un pesar secreto y que no le quitara lo último que pedía.

- ¿Qué es, señor? dígame pronto: mi hijo, mi hijo antes que todo.

- Quiere ver á Paulina, la india de Natá.

- Pero, señor, ¿qué le ha dado esa muchacha?

IV

- Mi amo, mi amo, - decía mi padre al doctor que se apeaba en la puerta del bohío, - ¿su merced á estas horas en mi casa?

- ¿En dónde está Paulina?

- Ayer llegó de Penonomé y está lavando.

- Pronto, pronto; llámala porque se muere.

- ¿Quién? - preguntó mi padre espantado.

- Elías.

- Ven, Paulina, ven, - gritó mi padre, asomándose á ese altito del manglar.

- ¿Qué ocurre? - exclamé yo.

- Que Elías está muy malo y te llama.

¡Ay, señora! creo que en un instante me encontré tan pálida y temblorosa que el doctor me tomó por la mano y me dijo:

- No he perdido toda esperanza: tú puedes salvarlo; ven.

Cuando llegamos, Elías estaba peor. El temor de no volverme á ver le acababa la vida y había caído como en una especie de desmayo.

Todos rodeamos la cama y yo, sin poderme contener, le tomé las manos y empecé á llorar llamándole.

Creo que me oyó, porque su mano apretó la mía y abrió los ojos.

El doctor y mi padre callaban y la señora Paula sollozaba. Al fin me reconoció y pudo hablar.

- Paulina ¡no he querido morir sin verte!

- ¿Qué es eso de morir? ¿acaso le permito que se vaya así sin más ni más? - dijo el doctor. - Vamos, Paulina, queda á su lado para cuidarlo: no hable y haga lo que le manden.

Nunca se puede sufrir como sufrí esa noche, creyendo que Elías no llegaría al día siguiente.

En la mañana la calentura había cedido y dos días después me abrazaba diciendo:

- Te debo la vida.

Así lo comprendió el doctor, porque severamente dijo á la señora Paula:

- Si quiere conservar á su hijo cáselo con Paulina: dejar de verla, por obedecer á usted, ha podido causarle la muerte: es su primer amor y será el último.

- ¡Mi hijo! ¡hijo de mi alma! su vida antes que todo: ¿qué le parece, doctor? ¿esperaremos á que esté completamente bien?

- No señora: se casan, para asegurar el restablecimiento.

Mi padre puso la condición de que habíamos de vivir algún tiempo en Natá, y otro en Santiago, para que no se quedara tan solo.

Quince días después Elías era mi marido, y á la muerte de su madre, un año más tarde, nos trasladamos aquí dejando á sus hermanos el cuidado de la hacienda. Soy tan dichosa que bendigo á Dios á todas horas por haberme dado el amor de mi Elías.

Eran cerca de las doce cuando Paulina acabó su relato. Aquella noche salimos para Penonomé y en la hacienda del general Neira nos detuvimos para cenar.

A las dos de la madrugada llegamos á la pintoresca villa, y volvimos á Natá dos días después.

De nuevo en el bohío del manglar nos acogieron con cariño.

De nuevo las cristalinas aguas nos dieron grato solaz. Paulina y su sencilla y tierna historia, quedaron para siempre en el templo de mis recuerdos.

LA BARONESA DE WILSON.

HISTORIA DE UN HOMBRE CONTADA POR SU ESQUELETO

POR DON MANUEL FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ

(Continuación)

- Pues mátele V., - me dijo.

- ¿Y cómo?

- Es necesario que entre V. en nuestra casa, que sea usted su amigo.

- ¿Y por qué medio?

- ¿No amaba V. á Clara?

- Sí, pero ya no la amo.

- No importa; pídale V. por esposa á Alvarez.

- A Alvarez... ¿y qué tiene Alvarez que ver con ella?

- No lo sé: pero, recuerda V. un indio que se presentó en el baile de Clara la noche que nos conocimos?

- Sí.

- Pues bien, ese indio era Alvarez.

- ¡Alvarez!

- Sí por cierto: ¿sabe V. para qué me llevó Alvarez al baile? Para que enamorase á don Severo López.

- ¡Ah! ¿ese marido tan celoso?

- Mi amor debía ser un lazo... sólo que... en vez de enamorar yo á López, me enamoré de usted...

- ¡Ah!

- Pero volvamos al interés que tiene Alvarez por Clara, yo no he podido desconocerle en la manera con que la miraba: además, Clara es indudablemente india.

- Su amor de V. me ha hecho olvidarme de todo, - exclamé: - yo puedo arrojar una luz muy clara sobre todas las sospechas de V.: si ese Alvarez antes de convertirse se llamaba Miantucacuc. Clara es su hija.

- ¡Ah! lo sabré - dijo Adelaida.

Y se levantó y se despidió de mí.

LXIII

- He preguntado con astucia á Alvarez, - me dijo á la noche siguiente, - acerca del interés que se toma por Clara, y del odio que profesa á López.

- Es una historia terrible, - me dijo; - la historia de un pariente mío que era un gran jefe.

- ¿Y no ha dicho á V. más?

- Nada más.

- Pues ha dicho bastante. Yo juro á V. que Alvarez es Miantucacuc, y que Miantucacuc es pariente de Clara.

- Pues bien, vuelva V. á sus amores con Clara.

- No: Clara me ha despreciado: la amo á usted...

- Yo no tendré celos, y si Clara le ha despreciado á usted, debe V. vengarse. Es necesario obtener la confianza de mi marido. Halaguemos sus pasiones: pídale V. la mano de su hija, y yo me encargaré de seducir á don Severo.

Adelaida apuró sus recursos de fascinación conmigo y acepté.

LXIV

Al día siguiente y á la misma hora, Adelaida y yo salimos de nuestra casa.

Ella para irse á casa de Clara.

Yo para ir á la de Miantucacuc.

Lo que pasó entre Adelaida y López no lo supe hasta después que me convertí en espectro, porque esa maravillosa cualidad que tengo de ver sin ojos todo lo pasado y lo presente que me concierne, y de oír sin oídos todas las palabras pasadas ó presentes que tienen relación con mi historia, no la poseo sino después de haber sido declarado cadáver.

Voy á contarte lo que sucedió á Adelaida con don Severo.

No te olvides de que Adelaida era nieta de Miantucacuc, hija de la Virgen-de-la-mañana, y por consecuencia hija de López.

Ni Adelaida sabía que era su padre don Severo, ni don Severo que Adelaida era su hija.

- ¿Pero no conocía López á Miantucacuc, no podía sospechar que aquella joven que se había presentado en el baile con el fantasma...?

- En primer lugar Miantucacuc no era un fantasma para López, sino un ser real y efectivo. Si para Clara pasaba por un fantasma consistía en que López le facilitaba la entrada de una manera misteriosa en la casa de Clara.

López era esclavo del jefe indio.

López estaba sujeto por las pruebas de crímenes de alta traición contra el Estado que poseía Miantucacuc, y que podían dar con él en la horca.

Sin embargo, López ansiaba deshacerse de Miantucacuc, del mismo modo que ansiaba deshacerse de él Adelaida.

Esta era la posición respectiva de un padre y de una hija que no se conocían; es decir, que ni aun podían sospechar su parentesco.

Porque López, que podía haber sospechado que aquella joven que acompañaba á Miantucacuc podía ser su hija, estaba libre de esta sospecha; porque, ¿cómo creer que el abuelo se hubiese casado con la nieta?

El desorientar á López había sido uno de los objetos de Miantucacuc al casarse ficticiamente con su nieta, además de impedir por este medio que su sangre se mezclase con la de la raza blanca, lo que si había sucedido algunas veces había sido contra su voluntad.

LXV

Mientras yo me encaminaba en un carruaje á la casa de campo donde vivía ignorado de todos Miantucacuc, Adelaida salía de aquella misma casa de campo, vestida de negro y cubierto el rostro con el espeso velo de su capota.

Nuestros carruajes se cruzaron en el camino.

Cuando Adelaida llegó á casa de Clara no subió las escaleras, sino que entró en el piso bajo donde estaban las oficinas.

López se paseaba meditabundo en la caja.

Al ver una señora, convenientemente vestida, de aspecto en que nada había que no augurase una persona decente, y sobre decente rica y con el rostro cubierto, la salió al encuentro con esa reservada cortesanía de los hombres del cambio.

- Necesito, - dijo Adelaida, - que me conceda V. un momento de atención.

- Escucho á V. señora, - contestó López.

- A solas.

- Tenga V. la bondad de pasar, - dijo López abriendo una mampara.

Adelaida entró en esa habitación que hay en todas las oficinas bursátiles, y que yo llamo, porque me parece propia la frase, gabinete de negocios, y tras ella López.

- Suplico á V. que cierre, - dijo Adelaida.

López corrió el fiador de la mampara.

Entonces Adelaida, que se había sentado en un sillón, se levantó el velo y dejó ver su hermosísimo semblante á López.

Este retrocedió.

- Comprendo la extrañeza de V., - dijo Adelaida; - nosotros nunca hemos tenido negocios.

- ¿Y son negocios lo que la traen á V., señora?

- ¡Ay, sí! soy muy desgraciada.

- ¡Desgraciada V...! creo que el señor Alvarez...

Adelaida hizo un gesto de impaciencia.

- Soy su esclava, - dijo.

- Yo creía...

- Sí, es verdad: una mujer decente se ve obligada á ocultar el estado de su alma... pero dejemos esto. Necesito un sacrificio de V., particularmente de V., no de la casa.

- Creo que no haya necesidad de ningún sacrificio.

- Necesito tres mil duros.

López se levantó, abrió un buró, tomó de una carpeta quince billetes de á cuatro mil reales, los envolvió en un papel y se los dió á Adelaida.

- Gracias, - dijo Adelaida: - no puedo dar á V. más garantía que mi buena fe. Espero pagar á V. muy pronto este sacrificio y algunos otros más que necesitaré.

- Si V. no quiere incomodarse, señora, en volver, puede V. decirme la cantidad redonda que necesita.

- No, no: con esto me basta para salir de compromisos del momento. Dentro de un mes me aprovecharé de nuevo de la amistad de V., dentro de poco pagaré á V... acaso mejor que lo que V. puede pensar.

- Tiene el hombre, - dijo interrumpiendo el esqueleto su relación, - una cualidad que es altamente nociva: la cualidad de suponer.

¿Cuántas veces hemos supuesto lo que un enemigo encubierto, que ha dado lugar con una frase insidiosa á nuestra suposición, ha querido que supongamos?

López supuso que en aquella frase «pagaré á V. dentro de poco, y acaso de una manera mejor que lo que usted puede pensar,» esta terrible intención: - Dentro de poco seré viuda, porque yo me haré viuda para dejar de ser esclava, y si V. quiere...

Porque Adelaida había pronunciado las palabras en que López había supuesto aquella perversa intención, de una manera tan lánguida, tan íntima; las había ilustrado, por decirlo así, porque los ojos son la ilustración del discurso, con una mirada tan dulce, y podremos decir, tan franca, que López, que aborrecía á Miantucacuc, creyó que encontraba un instrumento preparado, y aconsejado por su odio, se propuso aclarar cuanto pudiese aquel misterio.

- Nuestra caja, señora, está abierta para V., - dijo; - si la casa Alvarez y compañía necesita de nuestra ayuda...

- ¿Quién trata aquí ni de la casa López ni de la casa Alvarez? - dijo Adelaida; - si bajo ese concepto equivocado me ha entregado V. esta cantidad, se la devuelvo: este es un asunto mío, enteramente mío. Nada tienen que ver en ello ni doña Clara de Lemus, ni don Cristóbal Alvarez: este es un negocio reservado entre don Severo López y Adelaida... ¿qué sé yo de qué... Adelaida de Alvarez, porque yo no tengo más apellido que el de mí... marido.

Adelaida, con una intención mortal, pronunció con un acento de profundo sarcasmo, de disgusto, y aun podremos decir de cólera contenida, sus últimas palabras.

- En ese caso, señora, - dijo López rechazando cortésmente los billetes que Adelaida le presentaba, - tengo el placer de ofrecer á V. mi crédito entero.

- Gracias, muchas gracias, López; pero como debe á usted parecer extraño...

- Suplico á V., señora, que no me dé explicaciones... yo respeto los motivos.

- No basta, no basta; yo necesito que V. sepa...

- Supongo...

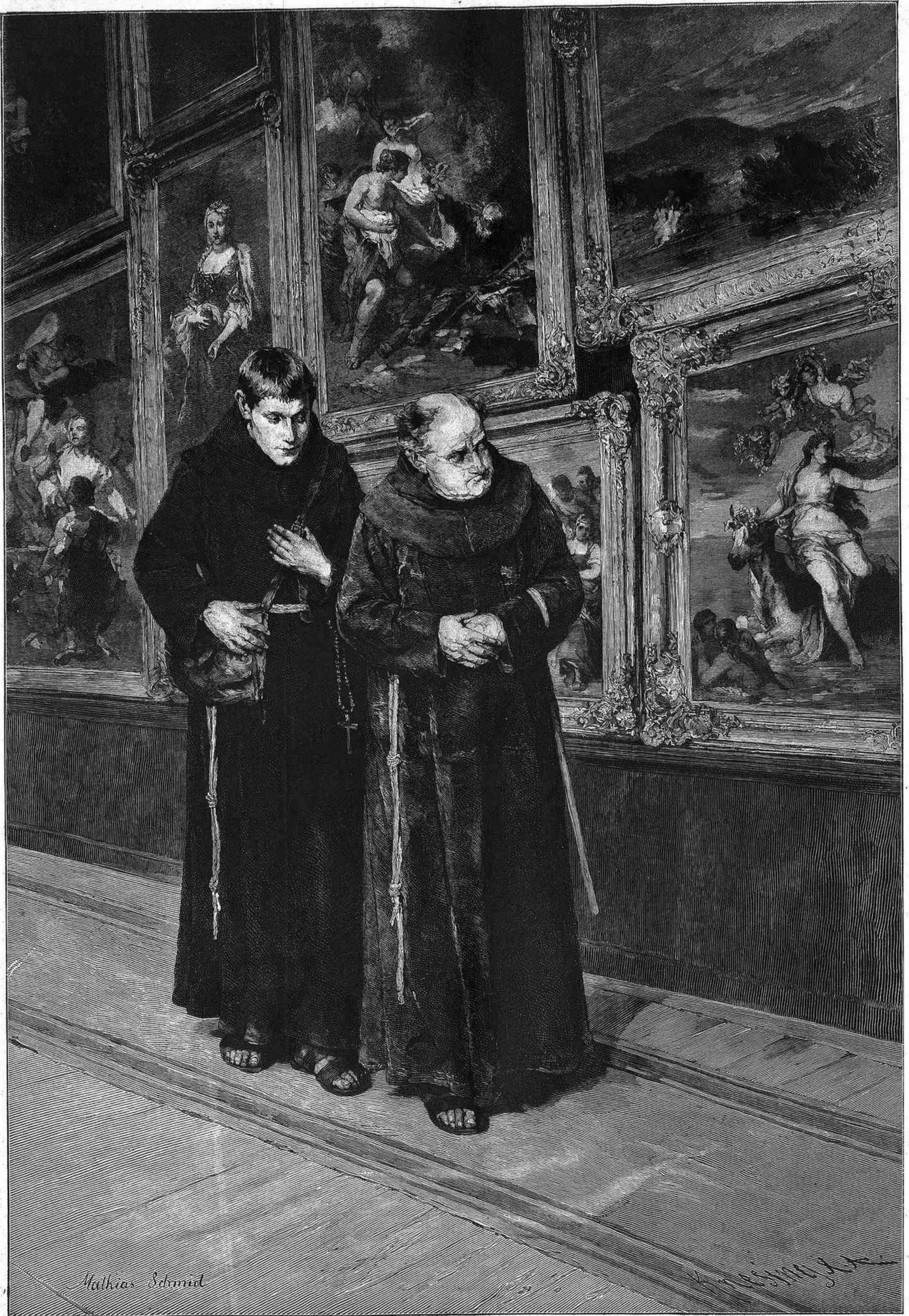
- No quiero que suponga V. nada: quiero que sepa usted la verdad: Alvarez es un infame.

No esperaba tanto López y no supo qué contestar por el momento.

- ¡Ah! pues yo creía que era V. feliz...

- ¡Feliz! Alvarez no ha dejado de ser el sombrío jefe indio: además, es despótico, celoso: me tiene recluida... desconfía de mí; me escatima los medios... la asignación que me da es insuficiente: sólo á fuerza de deudas, que sin la generosidad de V. no podría mantener ocultas por más tiempo, he logrado sostener medianamente mi aspecto. Además, ¿ve V. esa carretela, ese tronco?

Y señaló á una reja por la cual se veía en la calle un magnífico carruaje.



Matias Schmid

VISITANDO EL MUSEO, cuadro de Matias Schmid



TRISTE VISITA, cuadro de F. Brutt

— Los animales son excelentes, y el carruaje bellissimo — dijo López.

— Le debo... dentro de un mes necesito pagarle... y me verá precisada...

— ¿Cuánto tiene V. que satisfacer, señora?

— Cinco mil duros.

López se levantó.

Adelaida la detuvo asiéndole por una mano.

— No, no; esos cinco mil duros, — le dijo acompañando estas palabras con una expresiva sonrisa, — me los entregará V. en mi gabinete.

— ¡En su gabinete de usted, señora! — exclamó López. — Yo cuando he ido a casa del señor Alvarez nunca he pasado de su despacho.

— Siempre ha ido V. de día.

— Es verdad.

— Yo le recibiré a V. de noche.

— ¡Ah!

— Sí, necesito hablar de otros asuntos con V. ¿Tendrá usted miedo de ir?

— ¿Cómo he de tenerle cuando V. no le tiene de recibirme?

— ¿Y cuándo podrá V. ir?

— Esta noche.

— Esta noche... no... es pronto... hoy somos lunes... el sábado.

— ¿El sábado?

— A las doce de la noche.

— ¿Dónde?

— Por el jardín... junto al postigo estaré yo.

— Iré.

— Pues adiós: no quiero detenerme; voy a saldar mis cuentas con mis acreedores, y me vuelvo al momento a casa: con que adiós, gracias: hasta el sábado.

Y Adelaida se echó el velo.

— Adiós: hasta el sábado, — dijo López abriendo la mampara.

Adelaida salió.

López se quedó murmurando:

— Esto es más que la venta de una mujer: el préstamo es un hábil pretexto: esto es una alianza de odio. ¡Oh! Miantucatu! ¡Miantucatu!

Y recobró su semblante impenetrable, salió y se puso a pasear entre los jóvenes empleados en la caja, cuyas murmuraciones intencionadas acerca de la visita de aquella señora tapada a López, cesaron.

LXVI

Entretanto yo, a una legua de Madrid, entraba por la calle enarenada y flanqueada de árboles de una hermosa casa de campo.

Yo llevaba hecha, como suele decirse, mi composición de lugar para justificar mi visita; pero me faltaba motivar mi excusa.

De repente encontré la justificación.

En una ventana de la quinta estaba asomado un hombre.

Aquel hombre tenía un semblante extrañamente pintoreado.

Era Miantucatu.

Llegué, bajé del carruaje y entregué a un criado una tarjeta.

A poco me introdujeron en un salón del piso bajo.

Me salió al encuentro un anciano, de aspecto huraño, y a todas luces pinto del Sur de México.

— ¿Necesitaba V. ver al señor Alvarez, caballero? — me contestó después del saludo.

— Por lo mismo suplico a V. me procure el ver a ese caballero.

— Yo le represento para todos los negocios.

— El negocio que me trae sólo puede tratarse entre él y yo.

— Lo siento; pero el señor Alvarez no tiene costumbre de recibir. No tiene relaciones.

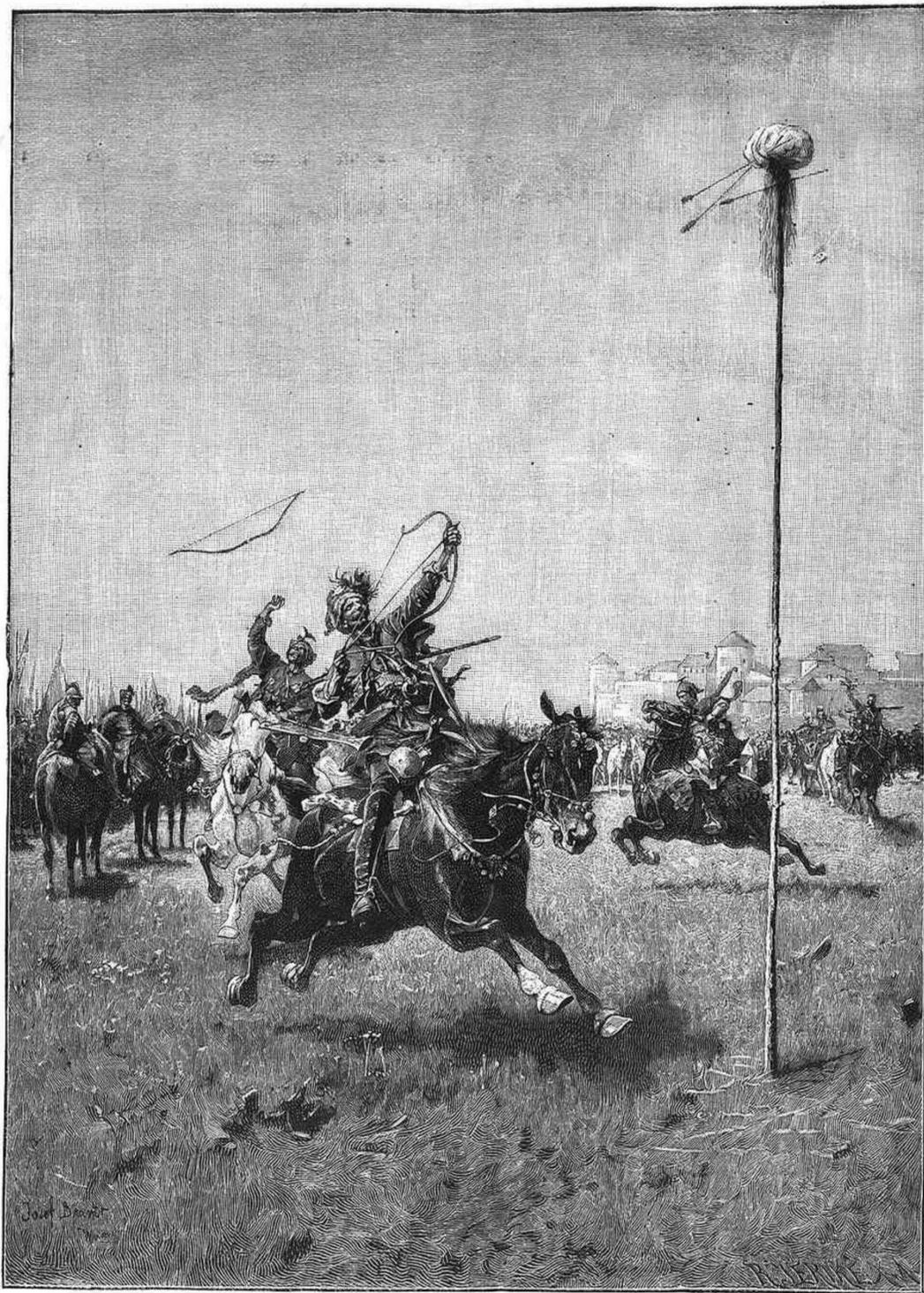
— ¿Ha visto el señor Alvarez mi tarjeta?

— Según costumbre la he visto yo.

— Pues vea V. en lo que consiste que el señor Alvarez no me haya recibido. Tenga V. la bondad de hacer que vea mi tarjeta, caballero.

Quedóse un instante perplejo el pinto y luego me dijo: — Francamente: no me atrevo: no es costumbre: lo tiene expresamente prohibido.

— Yo sé que se incomodará mucho si le escribo directamente y sabe que he estado aquí y no se me ha anunciado.



AGILIDAD Y DESTREZA, cuadro de J. Brandt

— No me atrevo, — repitió con acento decidido y un tanto impaciente y enérgico el pinto.

Yo empezaba a irritarme, porque siempre me han irritado las dificultades.

— Si yo hubiera sabido a dónde habían de traerme aquellos pasos dados a ciegas, en una senda llena de dificultades y de peligros!

Irritábame más la certeza de que Miantucatu me había visto entrar en su casa, que debía haberme reconocido, haber recordado la singular manera de nuestro conocimiento.

Pero era necesario ceder: el pinto se mantenía firme. Saludé é iba a salir, cuando se abrió una puerta y apareció Miantucatu envuelto en una larga bata encarnada.

— ¡Ah! ¡eres tú, Zea! ¡entra! ¡te quiero escuchar! ¡veremos lo que tienes que decirme tú!

Y Miantucatu pronunció estas palabras de una manera singular, sarcástica, fría, en que había un sabor de amenaza salvaje.

Un momento después el gran jefe indio y yo estábamos sentados frente a frente en un singular gabinete.

LXVII

Por el exterior de la casa, no podía suponerse que existiese en él una habitación tal como la en que me había introducido Miantucatu.

Era, en toda la extensión de la frase, una cabaña india de madera, y de madera indígena: el pavimento estaba cubierto de una rica estera originaria; el fusil, el hacha, el tamabuk del jefe indio, sus vestiduras, estaban colgadas acá y allá: alrededor del hogar apagado, se veían colgadas en largas hileras una multitud de cabelleras, con el casquete ó parte de piel que había estado adherida al cráneo, seca, rugosa, negra como un pedazo de corteza de árbol cóncava: alrededor había despojos de caza, y por la puerta, un gran lienzo de pared, iluminado por lo alto, dejaba ver un paisaje del Sur de México a manera de decoración, pero tan bien buscados la luz, el efecto, el color y los contrastes, que producía una ilusión completa.

— ¿Quién había pintado aquella maravilla?

Lo que estaba fuera de toda duda, era el buen gusto natural de Miantucatu que había sabido procurarse en

medio de la civilización y por medio del arte, un recuerdo maravilloso de su querida cabaña de gran jefe, allá en las selvas de América.

Yo estaba fascinado.

Todo tenía allí carácter.

Hasta la bata roja y labrada, y el extraño gorro con que estaba vestido el indio.

LXVIII

Miantucatu se sentó en la estera frente a la puerta, como hubiera podido hacerlo en su choza del desierto; me indicó que me sentase junto a él, y me estuvo contemplando fija y sombríamente durante algún tiempo.

— ¿Quién te ha mostrado el camino por donde debías marchar para encontrarme? — dijo en excelente español.

— Tú mismo, — le dije acomodándome a la manera de que se valía para hablarme.

— ¡Yo!

— Sí, tú. Yo soy cazador.

— ¡Ah! ¡eres cazador!

— Sí... un día que había salido al campo, que vagaba por estos alrededores, me entré distraídamente por la verja de los jardines de tu quinta... y... al levantar los ojos a una de las ventanas, te ví en ellas.

— ¡Ah! ¡me viste...! ¿y cuándo fué eso?

— Hace algunos días... no recuerdo bien.

— Puede ser... puede ser... — dijo Miantucatu... — pero ¡ay de tí si me engañas! Yo lo conoceré, y entonces...

Miantucatu me asió la cabeza, rodeó su dedo por su parte superior como indicando el corte de un instrumento, y luego me señaló las cabelleras que estaban colgadas a los lados del hogar.

— No, no te engaño, — dije a Miantucatu; — pero lo que ha acontecido entre nosotros...

— Sí, es cierto, necesita una explicación, — dijo el indio.

— Yo estaba a punto de obtener envidiables favores de una mujer a quien amo, cuando apa-

reciste tú.

— ¡Clara! — exclamó con acento ronco y gutural el indio: — Clara aquella noche estaba loca.

— Pero ¿por qué me eligió a mí para que fuese testigo de su locura?

— Porque te ama, — dijo Miantucatu mirándome de una manera singular.

— ¡Que me ama!

— Sí; te ama con toda su alma, como no ha amado nunca.

— Y entonces, ¿por qué se ha negado a recibirme?

— Porque tiene miedo.

— ¡Miedo! ¿a quién?

— A Severo López.

— Ella me habló muy bien de él.

— Porque le teme.

— Pero, ¿por qué le teme?

— Porque la ama.

— Explicátele claramente.

— Voy a explicarle: las mujeres son muy sagaces, y lo son mucho más cuando son indias.

— Pero Clara no es verdaderamente india.

— Lo soy yo que soy su madre, y lo era la hermosa Cierva-gentil que fué su madre.

Y al pronunciar estas palabras, temblaron los párpados de Miantucatu, y sus ojos dejaron ver un no sé qué terrible, doloroso y amenazador en su foco.

Hubo un instante de silencio.

Callaba Miantucatu dominado por sus recuerdos; callaba yo dominado por el aspecto salvaje de Miantucatu que me inspiraba miedo.

Llegué a arrepentirme de haber provocado aquella entrevista.

Miantucatu hizo un esfuerzo poderoso como para rechazar un terrible recuerdo, se serenó y dijo:

— Hablábamos del temor que Clara siente hacia López: López, en efecto, es un infame, un infame, de quien yo tomaré una venganza completa, una venganza de indio, refinada por lo que he aprendido entre los europeos.

Clara se recata de tí, y ha sido necesario uno de esos accesos de locura para que te confiese su amor; y se recata porque sabe que López la ama; y sabe que López la ama, no porque él se lo haya confesado ni se lo haya dejado conocer, sino porque es muy difícil engañar el ojo de una

mujer, y mucho más, lo repito, cuando esta mujer tiene sangre india en las venas: ha comprendido que López es un infame, y un infame valiente que en nada se detiene, y demasiado astuto para cometer un crimen de modo que este crimen quede impune; Clara sabe que casarse contigo, ó ser tuya, sería la señal de una horrible desgracia para tí, y porque te ama demasiado, te oculta su amor, se recata de tí; pero no importa: si tú quieres, será tu mujer.

— ¡Sí quiero! — exclamé.

— Debes quererlo: mi hija es inmensamente rica, maravillosamente hermosa, y pura, purísima, como que no ha amado nunca, nunca... como que tú eres el único hombre á quien ha amado.

— ¿Estás seguro de ello?

— Como lo estoy de mi pensamiento: y ¿sabes por qué Clara te ama? ¿Sabes por qué yo, en vez de exterminarte la noche en que estuviste á punto de apoderarte de ella, te llevé fuera de la casa y no te dije ni una palabra? Porque en tí hay algo que fascina. Ella no ha visto en tí más que al hombre que sufre porque ama, y que ama como no es capaz de amarle ninguna mujer para satisfacer su amor: al hombre reservado y tenaz, que un día y otro, sufre, y sufre en silencio, sin quejarse y sin dar ocasión á que nadie sospeche que ama; al hombre que llora con el corazón y ríe con la boca; al alma valiente dispuesta á todo por su amor, y humilde y paciente para la mujer á quien ama; á la esperanza firme que dice al corazón que sufre: un día te llenarás, te extenderás, recibirás aire de vida del corazón de esa mujer que no comprendes, y que es tu vida. Además, el instinto salvaje de Clara ha sentido de una manera misteriosa tu alma, que tiene mucho de salvaje: ella está devorada por un remordimiento ficticio: por el remordimiento de mi muerte, y por el terror de mis apariciones, porque ella me cree un fantasma. Sin embargo, ya lo ves, soy un hombre que vive y bebe como tú y como los demás, á quien López introduce, esclavo de sus preceptos, cuando quiere y como quiere en la casa de su hija. Volviendo al amor de Clara hacia tí, este amor existe por tu constancia, por esa constancia sin quejas, por esa valiente constancia que tanto halaga á las mujeres, y por esa simpatía misteriosa que existe entre su sangre india y tu alma de lobo.

— ¡Mi alma de lobo!

— Si, tú eres un infame, Zea, un infame capaz de todo... menos de no ser esclavo de Clara: he ahí por qué te hablo, he ahí por qué te aprecio, he ahí por qué, si consientes en lo que yo quiero, serás esposo de Clara.

— Pero al declararte amigo mío, porque soy un infame, según dices, te declaras tú infame.

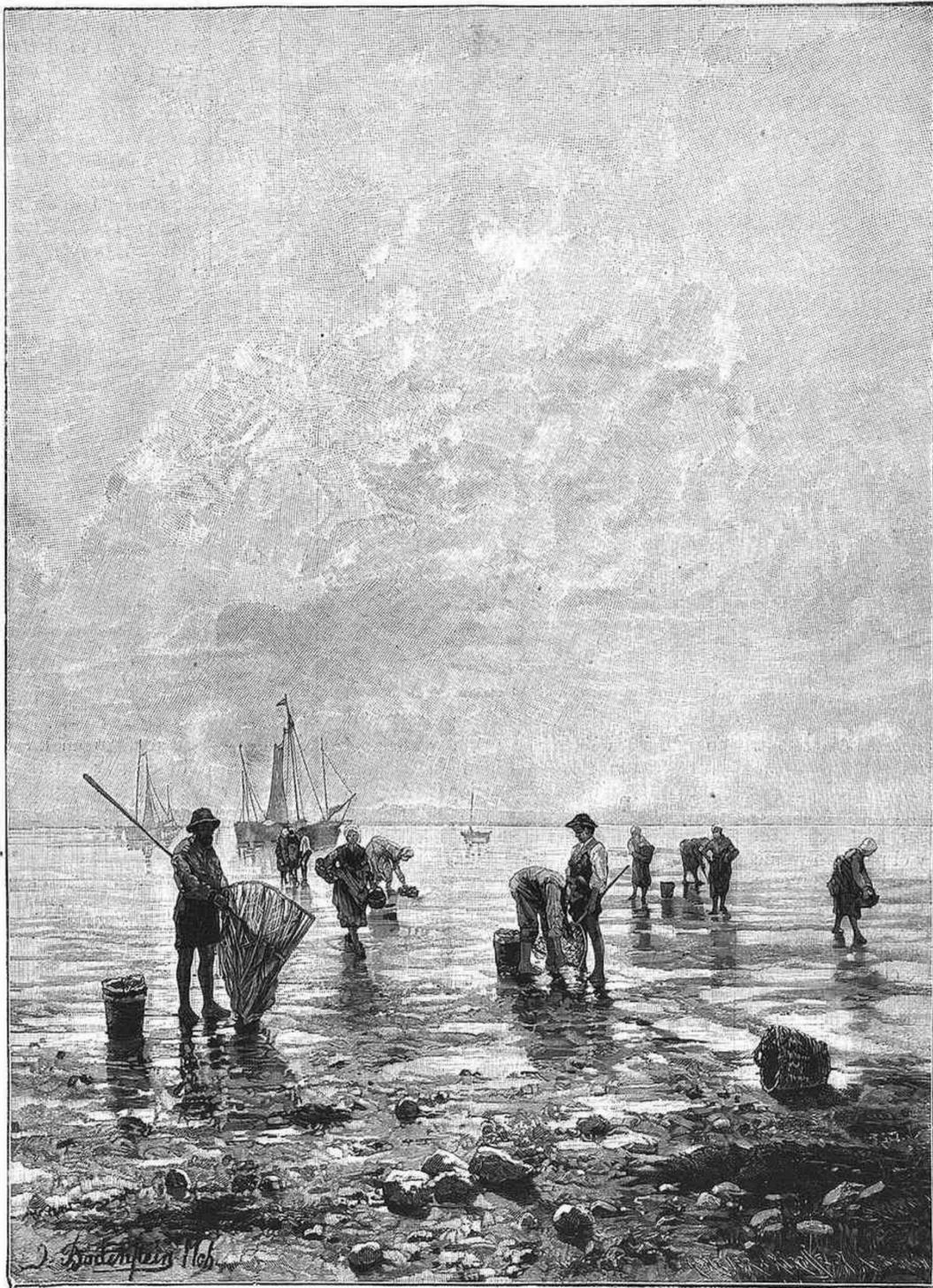
— No: yo soy bueno... demasiado bueno, pero no soy bueno lo bastante para perdonar á mis enemigos los europeos. Sin los europeos, que fueron al desierto á robarme mi hija, á matar á mi esposa, yo no hubiera sufrido las horribles desgracias que me han envenenado el corazón. Yo sería feliz. Mi Clara sería la esposa de un gran jefe y sería también feliz: yo no me hubiera visto obligado á seguir á mi hija á Europa, á vivir sin tener aire que respirar en esta tierra donde todo es mezquino: donde no hay praderas, ni árboles, ni ríos, ni tempestades; donde todo es blando y afeminado: yo vivo aquí como puede vivir en un miserable estanque un gran pez del Océano, muriendo, enervándome, sufriendo de una manera incomprendible para todos: el gran jefe es aquí un mochuelo escondido que se alimenta de moscas, y él era un águila, y todo por ella, por la hija de la Cierva-gentil.

— Pero tú pudiste llevártela al desierto.

— La hermosa flor salvaje había sido trasplantada, se había hecho delicada y débil y no hubiera podido resistir á los vientos del Sur. La pequeña flor trasplantada á un jardín, se parecía tanto á la otra magnífica flor su madre que había crecido sobre una roca! Los padres son padres en todas partes, Zea, y aman más á sus hijos cuanto están más cerca de la naturaleza. Yo lo he sacrificado todo por ella, todo, hasta mi venganza.

— ¡Tu venganza!

— Sí, mi venganza contra López. Ese hombre ha sido fatal, como decís vosotros los europeos, para mi familia: ese hombre... por él he vertido las únicas lágrimas que han salido de mis ojos: un gran jefe nunca llora, y sin



PESCADORES DE MOLUSCOS EN EL MAR DEL NORTE, cuadro de J. Bodenstein

embargo, yo, terror del Sur, cayos ecos repiten aún mi nombre, he llorado. ¡Ah, mi pobre Virgen-de-la-mañana! ¡ah mi pobre flor de las riberas del lago, muerta por los amores de ese infame...! y no he de aborrecer yo á los europeos! ¡malditos! ¡malditos! Llevan sus vicios á las cabañas donde no se conocía la impureza hasta que ellos fueron: sus vicios de viejo corrompido, débil y miserable, porque la civilización hace dulces las palabras del hombre, pero ennegrece su alma, la debilita, la anega en miseria. ¡Oh! ¡malditos! ¡malditos!

— Permíteme que te haga una observación.

— Te adivino. Extrañas, y hasta cierto punto con razón, que, aborreciendo yo de tal modo á López, López viva.

— En efecto, eso pienso.

— Vive, porque amo á mi hija y porque aborrezco á los europeos.

— Explicáte.

— Es muy sencilla la explicación. Amo á mi hija y sé que Severo López la sirve como un esclavo. Aborrezco á los europeos, me horroriza ó me ha horrorizado hasta ahora, el solo pensamiento de que Clara sea esposa de uno de esos hombres que se convierten en tiranos de sus mujeres, y sé que López, porque ama á Clara, será capaz de exterminar al hombre á quien ella ame: es mi perro; más bien, mi lobo guardián junto á ella, y no me he vengado de él porque me sirve. Pero ahora es distinto: te he encontrado á tí á quien mi hija ama, sé que la amas de tal modo que puedes llenar su corazón, y te la doy: pero es necesario que muera López.

— Que muera, — contesté sin vacilar á Miantucacuc.

— Ya sabía yo que podía contar contigo; pero es necesario que me ayudes.

— ¡Te ayudaré!

— Es necesario que mientras yo le entretengo, tú le esperes cerca de mi casa, junto á mis jardines.

— Le esperaré.

— Y que cuando salga le hieras.

— Le heriré.

— Yo no te necesito ciertamente, pero quiero probarte; quiero saber si eres fuerte, si no retrocedes ante la sangre; quiero además tenerte sujeto por el temor de la revelación de un crimen, porque en mi hija voy á entregarte un tesoro.

— Quedarás satisfecho de mí.

— Pues bien, entre hombres no se hablan más palabras que las necesarias. Ven conmigo: vas á salir por la puerta por donde quiero que esperes á López... pues bien, espera junto á esa puerta el sábado en la noche... á las doce.

— ¡Ah! ha de ser el sábado á las doce de la noche... bien, me alegro... me alegro... aunque no me gusta esperar... estaré aquí el sábado á las doce.

Miantucacuc se levantó, me asió de la mano, me sacó de la casa, me hizo atravesar un jardín solitario, y abriendo con llave una puertecilla en una tapia, me dijo:

— Toma bien las señas, y espera aquí esta noche, á las doce.

Después de esto cerró.

Yo me retiré alegre.

Aborrecía cordialísimamente á López, y me importaba mucho deshacerme de él; siempre era un enemigo menos y un enemigo que me había insultado. Es cierto que lo que yo había sentido por Clara era un empeño; que á quien yo amaba era á la hechicera máscara de color de rosa, á la mujer de las perlas negras, á la encantadora Adelaida, á la mujer, según yo creí entonces, que era un pobre diablo, un miserable ser vivo, y no tenía la maravillosa doble vista que ahora tengo, esposa de Miantucacuc.

Quitado de en medio López, me era fácil la posesión de Clara.

Yo deseaba esta posesión por orgullo.

Después... Adelaida procuraría librarse de un marido salvaje, y sería mía.

Adelaida era mi sueño.

Yo pretendía engañar á Miantucacuc, y el terrible Miantucacuc pretendía engañarme á mí.

— ¡Cómo! — exclamé interrumpiendo al esqueleto. — ¿Con qué entramos obrabais de mala fe?

— Después de haber muerto, ó de haber cambiado de ser, he visto mi historia, como ya te he dicho, por la parte de adentro.

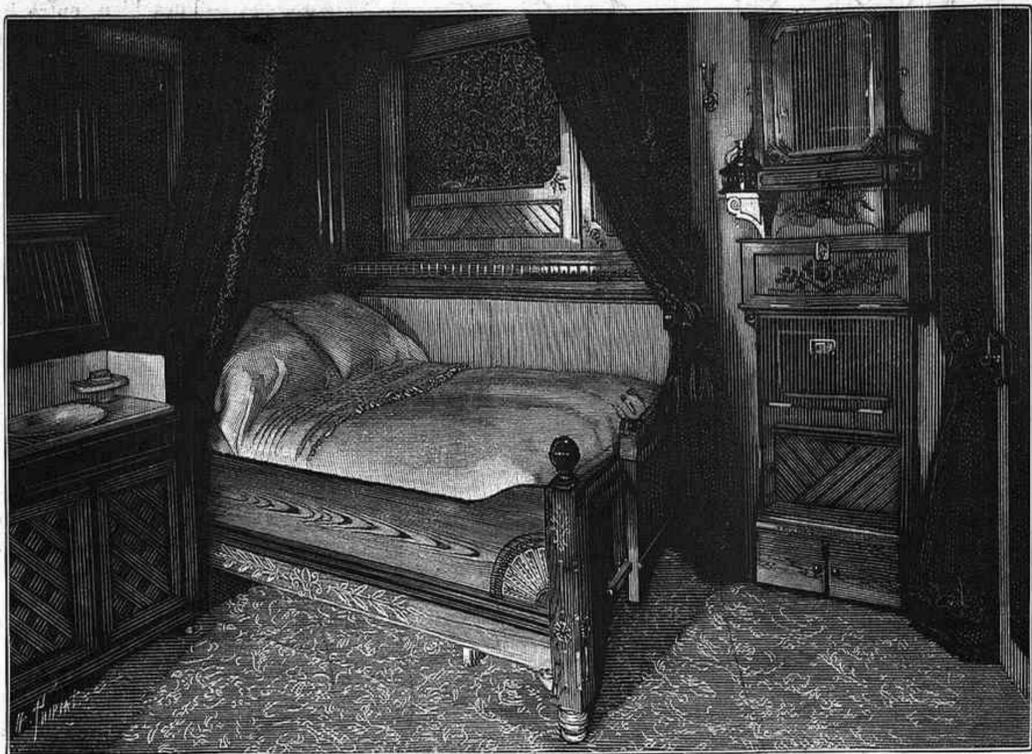
(Continuará)

LOS RECIENTES PAQUEBOTES TRASATLÁNTICOS

No hay dos ciencias, una pura y otra aplicada, sino la ciencia con sus aplicaciones. Mostrar las aplicaciones es hacer conocer los principios y la teoría cuya consecuencia son ellas. Así la historia de los medios de transporte y de locomoción, las mejoras de que son objeto son debidas á los progresos de la ciencia, y esta revista que no podría permanecer extraña á nada científico, debe hablar á sus lectores de los medios empleados para hacer los viajes más rápidos, fáciles, seguros y agradables, y mostrarles cómo se consigue economizar el tiempo, atenuar las molestias, alejar los peligros, y en una palabra, aumentar la cantidad de vida y mejorar su calidad.

¡Ah! si bastara ir aprisa sobre la tierra, los ferró-carri- les nos darian satisfacción. Pero ¿á qué precio hay que comprar esta preciosa ventaja? ¿De cuántos disgustos es compensación? A pesar de todos los progresos realizados, nuestros descendientes tendrán que hacer mucho todavía. ¿No se logrará evitar ese ruido sordo como el tonquido de un órgano inmenso, aumentado con el sonsonete del herraje, el rechinar del freno y el estridente silbido de la locomotora? ¿Será preciso resignarse siempre á permanecer inmóviles, aprisionados en un compartimiento, cuyas ventanillas no se atreve uno á abrir temiendo ser invadido por el polvo, que enturbia el aire que se respira, ó azotado por el viento, aun en el tiempo más sereno? ¿No se evitará la travesía subterránea, el horroroso túnel, cuya sombría bóveda, semejante á enormes fauces, se traga todo el tren? ¿Y el estruendo que sigue, y el humo que sofoca, la oscuridad que envuelve, la pesadilla que oprime hasta el momento que se oye el silbido libertador anunciando la vuelta á la luz y aliviándonos de inmensa pesadumbre?

¿Qué diferencia entre el transporte por tierra ó por mar, entre el wagón y el barco!—Del viaje en globo, sólo una persona puede hablar aquí con autoridad y describir sus encantos. A bordo de un barco en marcha, especie de ciudad flotante, el pasajero es dueño de sus movimientos; va, viene, habla, lee, juega, bebe, come, duerme, como en tierra firme, y mejor que en tierra respira el aire libre y puro. El paisaje parece uniforme: no más que el cielo y la tierra: pero las nubes y los astros rompen constantemente la monotonía del cielo, y el mar, con sus olas móviles y cambiantes no tiene uniformidad sino en apariencia.

Un camarote del nuevo vapor-correo trasatlántico *Gascuña*

Esta revista ha tenido ya ocasión de dar á conocer á sus lectores los paquebotes de la Compañía trasatlántica; fué en 1883 al botar al agua la *Normandía*. Desde entonces se han hecho nuevas mejoras en la construcción, en las máquinas, en el arreglo interior. El barco es de más andar y de más segura marcha, y el pasajero va mejor instalado. Los dibujos publicados en otro tiempo representaban las máquinas y el plano del buque, y la serie quedará completa con los dibujos que acompañan este artículo. Con esto, el lector habrá visto todo el edificio, interior y exteriormente, y podrá darse cuenta de todo lo que se gasta en talento, habilidad é ingenio para aplicar á la casa flotante todos los progresos de la ciencia y reunir en ella todas las conquistas de la civilización.

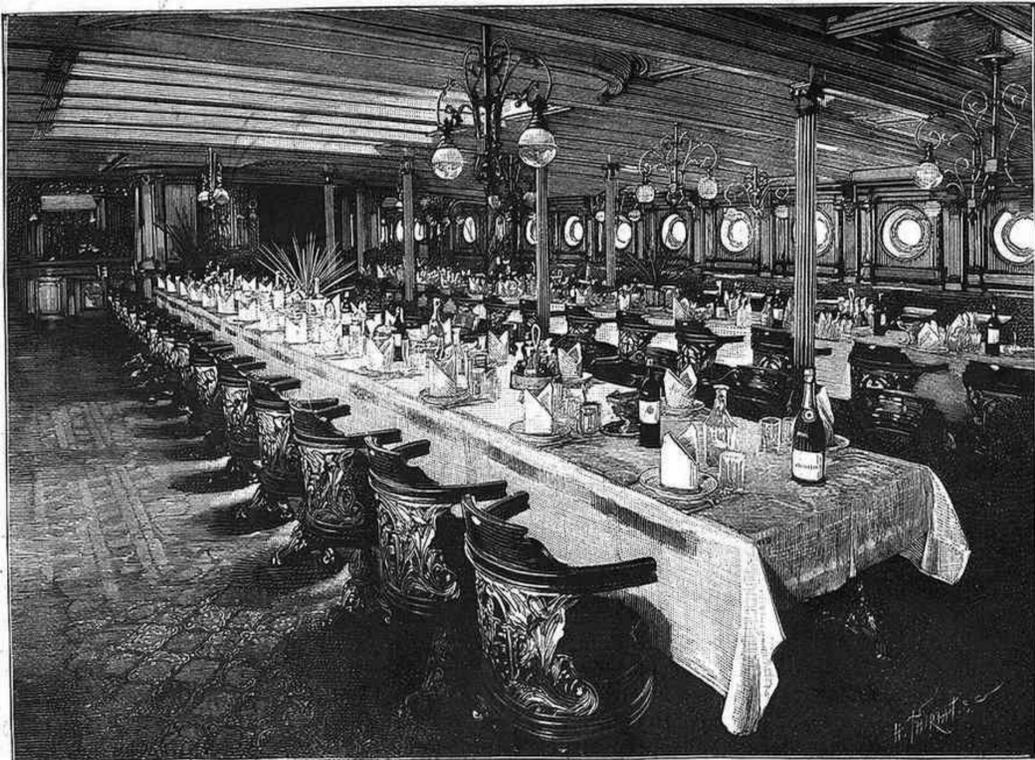
Los cuatro últimos paquebotes construídos, la *Champaña*, la *Bretaña*, la *Borgoña* y la *Gascuña*, están hechos por el mismo modelo: tienen 155 metros de longitud por 16 de latitud con capacidad para 3900 toneladas. Su andar pasa de 17 nudos por hora ó sean unas 8 leguas, y sus máquinas desarrollan una fuerza de 9700 caballos.

En fin, la travesía del Havre á Nueva York, y al contrario, se efectúa en 7 días y 15 horas, sin que hayan de sufrirse las molestias y retardos de un largo traspordo, porque el ferrocarril termina en el muelle de embarque ó desembarco.

El superintendente del servicio de correos extranjeros en Washington, M. Bell, en su memoria sobre la celeridad media de los barcos que hacen este servicio, término medio calculado desde el momento de recibir la mala hasta el acto de desembarcarla, hace constar que la ventaja está de parte de los barcos franceses de la Compañía trasatlántica. Así, de hoy más, los barcos de la Compañía que vengan de Nueva York traerán no sólo el correo de Francia, sino también el de Bélgica, Suiza, España, Portugal, Italia y Austria; lo cual es casi todo el servicio del continente europeo. Se dice con tanta frecuencia que estamos detrás de las otras naciones que este resultado no puede sernos indiferente.

El mal tiempo tiene poca acción sobre el enorme bar-

co que lleva derecho su rumbo oscilando apenas en la borrascosa mar. La seguridad está singularmente garantida por ingeniosas disposiciones. Así, la parte inferior

Comedor del nuevo vapor-correo trasatlántico *Gascuña*

gencia, es transformado constantemente y siempre mejorado.

He aquí ahora el comedor, ventilado, inundado de

luz, al cual da el carácter que le conviene un alegre decorado: las sillas giratorias, pero fijas, permiten á los comensales levantarse de la mesa sin causar incomodidad ninguna á sus inmediatos. Cuando el mar está agitado, unos soportes puestos sobre la mesa reciben las botellas; pero el movimiento es generalmente bastante débil y puede prescindirse de este utensilio. Un aparato destilatorio suministra el agua potable, y una máquina fabrica el hielo para el regalo de la mesa y las necesidades del arte culinario.

El *fumadero*, tan necesario hoy, es una elegante pieza cuyos amplios divanes y muelles cojines excitan constantemente á la pereza. Los que no gustan del humo del tabaco, pueden entrar igualmente sin temor ninguno, pues las emanaciones corren luego á fuera, gracias á un ingenioso sistema de ventilación.

Un gabinete de lectura, bien provisto de diarios y libros, ofrece agradables y útiles distracciones.

Para las damas hay un salon especial.

Ni se ha olvidado tampoco un departamento de baños con todos los útiles de la hidroterapia.

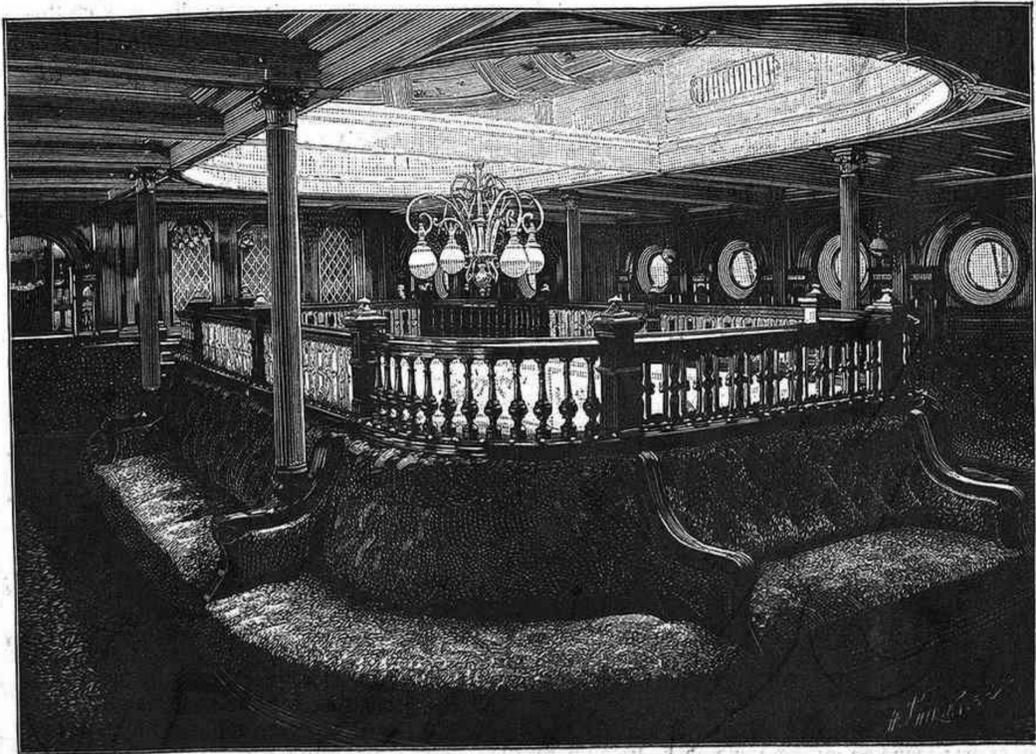
Más de 600 lámparas eléctricas difunden la luz por todas partes: unas están agrupadas de manera que forman arañas para los salones y otros puntos de paso frecuente; otras se hallan aisladas en las cámaras, donde cada pasajero puede alumbrarse á su gusto con más ó menos intensidad, sólo con tocar un resorte que encuentra siempre á mano.

Como se ve, no se ha omitido nada de lo que suministran los progresos más recientes para garantizar la seguridad, la comodidad y hasta el placer del viajero.

Estos admirables barcos se han construído en astilleros franceses por ingenieros franceses; barcos que hacen mucho honor á la industria francesa.

FÉLIX HÉMENT.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria
BARCELONA.—IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

Vista del salón de conversación del nuevo vapor-correo trasatlántico *Gascuña*